FAUSTINO CORDÓN

La tradición en el arte y en la ciencia

Dada la naturaleza del hombre, en toda actividad humana es esencial la tradición, esto es, la experiencia social. Estamos tan inmersos en la tradición que parece justificada la conocida aseveración de Eugenio d'Ors: "Todo lo que no es tradición es plagio", que él, sin duda, refería a la literatura y al arte en general. El papel de la tradición me parece básico en las bellas artes y en la literatura, destinadas a expresar la realización de la mente en una conquista de armonía, de relaciones potenciales nuevas, es decir, en la vivencia de una conquista de libertad cuya transmisión al espectador o lector sería imposible sin que éste conozca las reglas del juego y, lo que es más, los datos objetivos sometidos a relación, en definitiva, a la tradición, todo cuanto, de estar él en circunstancia favorable y dotado de inspiración, le habría permitido realizar la obra. En una palabra, el admirado gozo en la realización compartible de libertad que permite el arte no es concebible sino sujeto a tradición. Claro que las reglas mismas del ejercicio del arte se desplazan, pero han de serlo también inteligiblemente, esto es, conforme a tradición. El vuelo de la imaginación sólo nos maravilla cuando seguimos nítidamente su despliegue y percibimos mediante qué sabio y seguro ímpetu hemos pasado desde el punto de partida, admirados, autor y espectador somos transportados.

En los grandes artistas y literatos cabe el intento de modificar a lo largo de la vida la propia tradición, ajustándola al creciente despliegue de los recursos imaginativos; a una liberación de trabas que (como en Picasso o en Juan Ramón Jiménez) es impuesta y, por tanto, inteligible (transmutable en tradición) precisamente por lo logrado en cada obra, por la emoción que ella provoca. En todo caso, no hay belleza (conquista transmisible de libertad) sin un disciplinado dominio de la tradición en el que el autor apoya su creación y la hace imperecedera. Así, lo característico del arte o literatura verdaderos es fijar su tradición originaria en una nueva modalidad de tradición, en una obra de arte o de literatura lograda, en cuanto manifestación que es de todo un proceso imaginativo, está de algún modo patente —inmovilizada para nosotros— la tradición asumida por su autor, esto es, la circunstancia social desde la que podemos disfrutar de su capacidad creadora. Toda obra de arte emana de su tradición, de su patente substrato de experiencia social, por él fijada, condición indispensable para emocionarnos: desde una poesía popular llena de sabia sencillez hasta los grandes sonetos de Dante, de Shakespeare, de Camoens, de Góngora, de Lope, desde los bisontes de Altamira o la vigorosa escultura de un escultor, por ejemplo, africano, hasta las esculturas en que alborea el gran arte griego, o hasta los desnudos femeninos, en que —con la obvia levadura del románico y del gótico— se anuncia el Renacimiento y el inmenso etcétera que alcanza hasta nuestros días.

Y ahora, ¿cuál es el papel concreto que la inevitable tradición, la experiencia social, desempeña en el quehacer del científico? Me parece que la ciencia es la experiencia social —la tradición— que la experimentación científica (la actividad ordenada de los hombres) va ganando de los tipos esenciales de seres, de fenómenos y de procesos, procurando comprenderlos desde el nivel más alto de abstracción, esto es, profundizando en lo posible en el conocimiento de las interacciones de unos con otros. El objeto, pues, de la actividad científica es contribuir a la elaboración misma de una forma de tradición *sui géneris,* a saber, la que pretende la interminable conquista de un conocimiento progresivamente más verdadero —más sencillo y unificador— de los procesos naturales en sentido lato, sin excluir al hombre y a su entorno privativo, la sociedad humana.

De este modo, la tarea del científico es a primera vista algo desmesurado, a saber, oponer la propia experiencia personal a la experiencia social acumulada, de conocimientos verificables, en su grado de abstracción máximo. En suma, la tradición del quehacer científico es precisamente la negación de la tradición científica recibida en aras de otra un punto más verdadera o, si se prefiere, menos errónea. Podría parecer un combate insensato de la libertad individual contra el consenso social más autorizado. No es así. El único agente que opera en el medio social es el individuo humano y, obviamente, la ciencia es obra de individuos falibles cuyas circunstancias de creación —en contraste con la de los artistas— o nos escapan o no atraen nuestra atención, lo que abre la posibilidad del afianzamiento de prejuicios erróneos como hechos confirmados. De hecho, el camino principal de la ciencia está empedrado de antinomias, esto es, de pares de cabos de verdad que parecen ambos verdaderos y, no obstante, contradictorios, que ofrecen al científico la ocasión de sacarlos a plena luz, con ayuda de una exploración racional de la naturaleza, y de resolver la aparente contradicción en una síntesis fecunda. Sólo así, *negando constructivamente la tradición científica,* el científico, por una parte, contribuye a la dinámica íntima de esta tradición que —en contraste con la artística— tiene un despliegue conjunto e irrepetible y, por otra parte, él mismo se comporta conforme a la conducta tradicional del científico.

Terminemos con otra aseveración célebre, ésta de Kant: "Atrévete a dudar", que parece dirigida al hombre de ciencia o, en todo caso, al filósofo entendido como punta de lanza del científico. Pero ¿de qué puede incitarse a que dude un científico? Parece obvio que sólo de la ciencia hecha para, satisfaciendo su duda, hacerla avanzar un punto, enterrando —en contraste con el artista— el proceso de su pensamiento en una tradición colectiva, tanto más firme cuanto más trabada críticamente, que asimila las aportaciones particulares, lo que dará ocasión a futuras dudas resueltas en el proceso lento, a veces tanteante o extraviado, pero, en su conjunto, seguro como hijo de una realidad experimentable y complementariamente experimentante. En la ciencia, como en el arte y en toda actividad humana, prescindir de la tradición (aunque ésta se realice, procurando superarla irreversiblemente, como corresponde al científico) aniquila la libertad creadora del hombre.

Faustino Cordón es biólogo.

El islamismo, a una hora de Madrid

Viene de la **página anterior**

en 1954. Después de haber ganado esa guerra y haber recuperado el honor con el sacrificio de casi un millón de argelinos (todavía no se sabe la cifra con exactitud), se creyó que los argelinos se habían vuelto intelectualmente independientes y sin complejos. No fue así, al menos para la mayoría.

Lo que mejor ilustra los problemas existenciales de los argelinos es su ausencia en la última cumbre de países francófonos —cuando nunca se ha hablado tanto francés, ni tan bien, como se habla ahora en Argelia—, mientras que los tunecinos, los marroquíes y los egipcios estaban presentes. Puede decirse que, en cierto modo, la huida hacia el islamismo constituye, después de la guerra de 1954-1962, el segundo intento de los argelinos para matar a esa Francia que llevan dentro. Los dirigentes islamistas de Argel (uno de ellos estudió en Londres) tendrán más facilidad para tratar con Roma, y con Madrid o Lisboa, que con París. Porque la comunidad árabe-musulmana en Francia constituye una sociedad dentro de la sociedad, si no un Estado dentro del Estado. Los islamistas de Argel consideran que esta sociedad está corrompida, pervertida y en proceso de secularización por obra de la democracia francesa. Quieren reconquistarla.

Dicho esto, es posible que presenciemos dentro de algún tiempo un despertar libertario. Está el bastión libre del irredentismo cabil que no se ha visto afectado por el islamismo. Está toda una juventud que, después de la rebelión de 1988, le ha cogido el gusto a todas las libertades, incluidas la de prensa y la de escuchar y componer *rock and roll.* Están, por último, las mujeres argelinas, muy influidas por la televisión y la prensa occidentales, que se acuerdan de las heroínas que se unieron a la resistencia y que no aceptan de buen grado la sumisión. En el Magreb no han terminado los desórdenes. No han hecho más que empezar. Curioso año nuevo, que ve desaparecer a Gorbachov y progresar al islamismo.

Jean Daniel es director de *Le Nouvel Observateur.*

CARTAS AL DIRECTOR

Viene de la **página anterior**

tas, mientras la mayoría del personal sanitario pide la baja y lo abandona, destruyendo las ilusiones de 260.000 habitantes de la llamada Área 10 de Salud.— **Ángel Domínguez Manzano** y 12 firmas más. Getafe, Madrid.

Valdemingómez

Últimamente vienen apareciendo en diversos diarios algunas cartas en relación con la presunta instalación de una planta de incineración en Valdemingómez.

En relación con ellas, quiero aclarar las siguientes cuestiones:

1. No se trata de una incineradora, sino de una planta de reciclaje —que recuperará el papel, el cartón, la chatarra, el plástico y la materia orgánica— con incineración del rechazo.

2. La planta fue adjudicada en concurso público por acuerdo del Ayuntamiento pleno y con el voto favorable de todos los partidos políticos representados en la corporación (PP, CDS, PSOE e IU). Se colocó la primera piedra con asistencia de los medios de comunicación y miembros del Gobierno y de la oposición municipal. Por tanto, no se puede decir que el Ayuntamiento lo esté realizando *clandestinamente.*

3. El equipo de gobierno del Ayuntamiento de Madrid entiende las objeciones de principio a las incineradoras. Personalmente yo las comparto en su mayoría, pero precisamente por ello se tomaron en su día las garantías para que la incineración de este rechazo no tuviera ninguna consecuencia para los vecinos: se obligó a la realización de un estudio de impacto ambiental que garantizase la no alteración de los niveles de inmisión en la zona y se condicionó el funcionamiento de la incineradora —que por otra parte le sale al Ayuntamiento mucho más cara que el simple reciclaje— al cumplimiento de la más exigente normativa ambiental presente o futura, no sólo *española,* sino también emanada de la CE. Ello significa que el Ayuntamiento es el principal interesado en hacer un seguimiento exhaustivo de su correcto funcionamiento.

4. Por otra parte, la incineración de la basura no reciclable (en torno al 40% del total de los residuos) se va a hacer con recuperación de energía, lo que supone evitar la combustión de otros combustibles fósiles (carbón, fuel), que también generan contaminación gaseosa similar a la de los residuos sólidos urbanos.

5. Por último, si los firmantes de las cartas que se vienen publicando desean cualquier información complementaria, la Dirección de Servicios de Contaminación y Residuos del Ayuntamiento de Madrid está deseosa de facilitarla a cuantos la pidan.

Finalmente, no se puede dejar de recordar que en los últimos años se está produciendo un incremento espectacular de residuos, cuya eliminación debemos afrontar los ayuntamientos. El Gobierno español tendría que tomar como ejemplo el alemán y promover una ley parecida a la de las *tres erres:* que los envases y embalajes hay que *reducirlos;* si ello no es posible, *reutilizarlos,* y sólo en tercer lugar, *reciclarlos.*— **Esperanza Aguirre Gil de Biedma.** Concejala delegada del Área de Medio Ambiente del Ayuntamiento de Madrid.

Carreteras limpias

Ante la suciedad de papeles, plásticos, escombros, enseres varios abandonados, etcétera, que tenemos en las carreteras nacionales que parten de Madrid, así como en la de Toledo y en la M-40, sería conveniente que el MOPT iniciara de una manera regular su limpieza, como ocurre en Francia, sin ir más lejos, así como la colocación de carteles bien visibles, con el ánimo de, entre todos, dar una mejor imagen de nuestra ciudad a todos nuestros visitantes.

También habría que regular este tema de la limpieza en las carreteras, concienciando a la gente y sancionando su no cumplimiento, como así ocurre en países tales como Suiza, Alemania, EE UU, Canadá, países escandinavos, etcétera, donde la comparación, aunque sea odiosa, es manifiesta a su favor.

Asimismo, sería interesante y no demasiado oneroso la plantación de arbolado en los márgenes de las nuevas autovías o un plan gradual en ese sentido. Recordemos las carreteras de antes de los sesenta, con esos olmos centenarios y que fueron talados para mejorar la fluidez del tráfico, sin considerar el atentado paisajístico.— **Fernando Ruiz Rubio.** Madrid.